

# Ignacio Ellacuría.

## Veinte años después

*Juan Pablo García Maestro<sup>1</sup>*

Del 26 al 28 de octubre de 2009 se ha celebrado en la Facultad de Derecho de Sevilla un congreso sobre el filósofo y teólogo jesuita Ignacio Ellacuría. El motivo de dicho encuentro ha sido porque este año se celebra el **Vigésimo Aniversario** de la muerte de los jesuitas asesinados junto con dos mujeres en la madrugada del 16 de noviembre de 1989 en la ciudad de El Salvador.

El simposium se dividió en torno a tres secciones: la primera se centró en el pensamiento filosófico de Ellacuría; la segunda afrontó el pensamiento jurídico, social y político; y finalmente se analizó la aportación de Ellacuría a la teología de la liberación.

Las ponencias corrieron a cargo de los mejores especialistas en el pensamiento de Ignacio Ellacuría. Abrió el congreso el hermano de Ellacuría, **José Ellacuría**, también religioso de la Compañía de Jesús. Dentro del pensamiento filosófico participaron **Antonio González** (Madrid), **Héctor Samour** (UCA, El Salvador), Juan Antonio Nicolás (Granada), Raúl Forner-Betancourt (Alemania), **Carlos Beorlegui** (Bilbao) y **Jesús Conill** (Valencia). Por lo que se refiere a la sección del pensamiento jurídico, social y político se encontraban **José Sols** (Barcelona), **Agustín Ortega** (Las Palmas de Gran Canaria), **Luis Die Olmo** (Valencia), **José Mora Galiana** (Sevilla), **Juan Antonio Senent** (Sevilla) y **Mariella Saettone** (Uruguay). Y, finalmente, para la sección teológica y política fueron invi-

---

<sup>1</sup> Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad. Profesor de Teología Fundamental y de Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas y Catequéticas San Pío X. Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid).

tados **Jon Sobrino** (UCA, El Salvador), **Juan Antonio Estrada** (Granada), **Juan José Tamayo** (Madrid), **Antonio Santesmases** (Madrid) y **José Emilio Palacios** (Sevilla).

Paso ahora a presentar las aportaciones más relevantes a lo largo del congreso.

## **VIDA Y OBRA DE ELLACURÍA**

Ignacio Ellacuría nació en Portugalete (Bilbao) en 1930. Fue el cuarto de cinco hermanos. Recibió una educación muy severa, como recuerda su hermano mayor, José: una educación marcada, sobre todo, por la fuerte personalidad de su padre, médico oftalmólogo. Se educó en un colegio de jesuitas, en Tudela (Navarra), ingresó en el noviciado de Loyola, de la Compañía de Jesús, a los 17 años y fue enviado al año siguiente a participar en la fundación del noviciado de Centroamérica, en Santa Tecla, junto a San Salvador (El Salvador). Llegó a tierras centroamericanas con sólo 18 años. Frente a aquellos que criticaban su condición de español, de extranjero, él respondía siempre con contundencia: «llevo cuarenta años en El Salvador, tengo nacionalidad salvadoreña y soy salvadoreño». Su maestro de novicios en Santa Tecla fue el padre Miguel Elizondo, hombre que le produjo un fuerte impacto. «El padre Ellacuría siempre reconoció que los fundamentos de su espiritualidad habían sido puestos por el padre Elizondo, a quien siempre admiró con un cariño especial. Él fue su primer gran maestro».

De 1958 a 1962 estudió teología en Innsbruck, Austria. En esta etapa tuvo ocasión de seguir las clases de Karl Rahner, cuya teología influiría enormemente en su pensamiento. En Rahner, Ellacuría encontró un teólogo que introduce la historicidad como algo esencial a la revelación, a la experiencia de Dios y a la teología.

De 1962 a 1967 transcurrió su última etapa de formación, la del doctorado en Filosofía. Atraído por la categoría intelectual de Xavier Zubiri, decidió hacer con él la tesis y hacerla sobre su filosofía, cuyo título sería *La prin-*

*cipialidad de la esencia en Xavier Zubiri*, presentada en 1965 en la Universidad Complutense de Madrid.

Fue profesor de Filosofía y Teología en la UCA de El Salvador, Universidad de la que fue Rector desde 1979 hasta su muerte, y en donde fundó el Centro de Reflexión Teológica Monseñor Romero, y la *Revista Latinoamericana de Teología*.

Vivió desde 1949 en el Salvador (Centroamérica), donde fue asesinado el 16 de Noviembre de 1989.

Es autor de una amplia obra filosófica, histórica y teológica. De entre esta última destacamos: *Teología Política* (1973), *Conversión de la Iglesia al reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la historia* (1984) y la coedición con Jon Sobrino de *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la Teología de la liberación* (1990).

Una de las mejores tesis doctorales que se han escrito sobre Ellacuría es la del teólogo José Sols Lucia, titulada *La teología histórica de Ignacio Ellacuría*, Ed. Trotta, Barcelona, 1999.

## **¿Por qué Ellacuría es importante para nuestro tiempo?**

Se podrá compartir o no el análisis teológico y filosófico de Ellacuría, pero de lo que no se puede dudar es del impacto que le causó la tragedia de este mundo. Un mundo donde se encubren tantas cosas, y donde se le ha dejado como a un Cristo (así decía de la Conquista de América). «Este mundo (dividido entre pobres y ricos) expresa el mayor fracaso de lo humano, la propia autodestrucción de la familia humana, y el mayor fracaso de Dios creador». Y decía también: «A Dios Padre le salieron hijos pobres. Este es un hecho primario y masivo, que no puede pasar por alto quien quiera hablar de Dios».

Por ello, formulaba la realidad de los pobres como la de «pueblos crucificados, para expresar con ello que se trataba de pueblos enteros que mue-

ren, pero que, además, son dados a muerte injustamente por otros seres humanos.

La Universidad debe ponerse al servicio de la justicia, pero en el Tercer Mundo y en el Salvador ésta pasa históricamente por la liberación. La Universidad puede autocomprenderse desde la liberación y ponerse a su servicio.

Creo que aquí ya tenemos un reto para nuestro contexto: ¿Qué hacer para que las Universidades, pero de modo especial las facultades de teología tengan como objetivo el ponerse al servicio de la justicia y la liberación?

Lo que se debía enseñar, a través de cualquiera de las materias y en todas ellas, era la realidad nacional. Llegó a decir Ellacuría en este sentido: «Otras universidades nos podrán ganar en otros conocimientos, pero sobre la realidad del país nadie debe saber más que la UCA».

En los años setenta, Ellacuría era formador de jóvenes jesuitas, inquietos por el deseo de participar en los procesos de liberación y desanimados por los largos años de estudio que parecían impedirlo, él —a modo de consuelo y exigencia— solía repetirles que el saber era imprescindible para la liberación y que lo que tenían que hacer era estudiar de la manera adecuada, desarrollando «una pasión revolucionaria por el estudio».

¿En qué consiste la inspiración cristiana de la universidad? ¿En el cuidado de la ortodoxia, las liturgias, la educación cristiana?

Creemos más bien que ha de ser la investigación, la docencia y el proyecto social. Y esto es posible en la medida en que la universidad ponga todo su peso social al servicio de la construcción del reino de Dios, llevado a cabo desde la opción preferencial por los pobres, y en este sentido, y dicho sin ninguna retórica, Ellacuría trató de historizar desde la universidad la misma misión que Monseñor Romero llevó a cabo desde su plataforma pastoral.

Por lo que toca a la opción por los pobres, Ellacuría la formuló con las conocidas palabras de Monseñor Romero:

«Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz».

Pues esto mismo es lo que Ellacuría pensaba que tenía que ser la universidad: «Voz de los que no tienen voz».

El intelectual Ellacuría empujaba (y hoy también) para que filósofos, ingenieros, etc. pongan sus esfuerzos a favor de la liberación. Lo más decisivo no fue simplemente el ejercicio de su inteligencia sino dedicarse —y dedicarla— al servicio de la liberación.

Por eso para el teólogo salvadoreño la finalidad última de la teología no consiste sólo en hacer avanzar el conocimiento —aunque esto sea bueno y necesario para dicha finalidad— sino en encargarse, de la manera adecuada más posible, de la realidad, lo cual en lenguaje teológico significa «la mayor realización posible del reino de Dios». Y, por ello, este pensador jesuita define la teología formalmente como *«momento ideológico de una praxis eclesial e histórica»*.

¿Por qué se ha redescubierto el tema de la «Liberación»? Para Ellacuría «por el lugar en que se ha hecho la reflexión teológica. Y este lugar ha sido el del pobre. Por ubicarse desde este lugar se ha recuperado la liberación como algo central en la revelación de Dios y en el evangelio de Jesús, ello ha ocurrido porque es un continente pobre». Y añadía, polémica y dialécticamente, que el «lugar propio de la liberación es el de los miserables y desheredados y no el de los ricos, quienes más bien tienden a oscurecer la justicia y la necesidad de liberación».

La cuestión central del quehacer teológico es si de verdad al teólogo le afecta la realidad de la pobreza. Y, a su vez, Ellacuría apreciaba dos lugares físicos para hacer teología: **la universidad** (por la posibilidad de análisis estructurales, interdisciplinariedad y rigurosidad, con el peligro de distanciamiento físico de la realidad) y **las comunidades de base** (por la inmediatez a la realidad de la vida y de la fe, por la calidad de esperanza y compromiso martirial). Deseaba que ambos lugares convergiesen en aportar y analizar la realidad de la pobreza.

A quienes no aceptaban las comunidades de base como lugar para hacer teología solía decirles que éstas más que contenidos teológicos aportan luz para ver cualquier contenido.

Y a quienes criticaban la universidad como lugar de la teología, por estar alejados de la realidad, les decía que «hacemos teología **en** un escritorio, pero **no desde** un escritorio».

El quehacer intelectual de Ellacuría se puede apreciar claramente en estas tres dimensiones:

- La **presocrática**: para enfrentarse con la realidad.
- La **aristotélica**, con sus análisis teóricos de todo tipo: teológicos, filosóficos, políticos..., y su instrumental rahaneriano, zubiriano y marciano.
- La **dimensión socrática**, queda expresada en la voluntad de transformar la realidad, cargando con ella, sin rehuir las consecuencias del enfrentamiento directo con los poderes del mundo: como Sócrates, ser acusado de corromper a los ciudadanos y de ateísmo, y ser por ello ajusticiado.

Con otras palabras diremos que el quehacer intelectual y teológico está enmarcado por estas tres dimensiones:

- a) el hacerse cargo de la realidad,
- b) el cargar con la realidad,
- c) el encargarse de la realidad.

Esta forma teórica —integral— e innovadora de explicar el funcionamiento de la inteligencia tiene en Ellacuría raíces zubirianas y marxianas, pero el redescubrimiento existencial de su dimensión ética y prácticas está enraizada, pensamos, en lo más hondo de su persona ante *la interpelación de los pueblos crucificados*.

## ¿QUÉ DECIR DE LOS TÉRMINOS UTOPIA Y PROFECIA?

Hoy en día, sobre todo en el Primer Mundo, ni los filósofos ni los teólogos hablan de profecía y menos de utopía. ¿Por qué?

De profecía no queremos hablar, porque entonces nos tenemos que preguntar por los males de la realidad, denunciarlos y dejar que aflore, al menos, la pregunta de quién es responsable de la catástrofe mundial en que vivimos.

Y tampoco se habla de utopía porque el ilimitado progreso, la ilimitada libertad —cuando no la ilimitada riqueza y el ilimitado placer— no se han hecho ni pueden hacerse, tal como se han pensado, realidad en nuestro mundo.

Ellacuría tuvo la audacia hasta el final de sus días de decir que hay un mal último que hay que denunciar proféticamente y que hay una esperanza última que hay que anunciar utópicamente.

En el actual ambiente de antiprofecía, Ellacuría dijo en uno de sus últimos discursos las siguientes palabras, que pocos se atreverían a pronunciarlas, aunque siguen siendo válidas:

«Desde mi punto de vista —y eso puede ser algo profético y paradójico a la vez— Estados Unidos está mucho peor que América Latina. Porque Estados Unidos tiene una solución, pero, en mi opinión, es una mala solución, tanto para ellos como para el mundo en general».

Y es una mala solución, porque no es universalizable, y por ello —por definición— no es solución para toda la familia humana, y eso mismo la convierte en solución inmoral, según aquello de Kant de que lo que no es universalizable no es moral.

Ellacuría se opuso a una cultura sin profecía y sin utopía, y afirmó que por la alternativa profético-utópica merece la pena vivir y morir.

Quiero terminar con estas palabras que Ignacio dijo en Barcelona, pocas semanas antes de morir:

«Lo que queda por hacer es mucho. Sólo utópica y esperanzadamente uno puede creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección... Esta civilización está gravemente enferma y para evitar un desenlace fatídico y fatal, es necesario intentar cambiarla desde dentro de sí misma. Ayudar profética y utópicamente a alimentar y provocar una conciencia colectiva de cambios sustanciales es ya de por sí un primer paso».

## **El Ellacuría creyente**

Hablar del Ellacuría creyente es resaltar la importancia del pecado en su quehacer teológico. Para traer salvación hay que estar dispuesto a cargar con el pecado.

Pecado es lo que dio muerte al Hijo de Dios, y pecado es seguir dando muerte a los hijos de Dios.

La violencia es una de las formas históricas más graves en las que se expresa el pecado. Esa fuerza institucionalizada de la que hablaba Medellín, que es el uso injusto de la fuerza.

Ellacuría habla de redimir la violencia, y con este término se está expresando quizás lo más específicamente cristiano ante ella. Se trataría, en esa redención, de poner acontecimientos que no sólo detengan la espiral de la violencia sino que, en cuanto acontecimientos fundantes, erradiquen sus últimas raíces. Para que lo entendamos diríamos que en la cruz, Cristo ha revertido el dinamismo de la violencia.

Por eso la salvación y la liberación de los pueblos pasan por muy dolorosos sacrificios.

La salvación que se debe hacer realidad ya en el historia. La historia de la salvación es una salvación en la historia. Se trata de hacer real la salvación de Dios en el mundo.

En el tema de la pobreza se manifiesta el influjo específico de lo cristiano. Un día dijo Ellacuría en televisión, sin que nadie lo esperara, que «dos políticos, los militares y los sacerdotes debían dejar sus puestos con menos dinero que con el que entraron».

El elogio de la pobreza es una locura evangélica. Los santos la han mostrado como humanizadora. No hace falta tener mucho para ser mucho. Así se entraría en la civilización de la pobreza, plenamente coherente con la predicación de Jesús. Una civilización abierta, además, a lo trascendente tal como ésta se revela en Jesús de Nazaret, que se igualó con los más pobres para hacer ver de modo nuevo la gloria de Dios

No olvidemos lo que en esta línea que estamos planteando significan el Magnificat de María y las bienaventuranzas de Lucas. El Magnificat es una denuncia a los ricos, y un elogio a los humildes y los pobres. No digamos de las bienaventuranzas, que también son una denuncia a los que acaparan riquezas.

La valoración de la pobreza se echa de ver, por último, en su distanciamiento del análisis marxista de la pobreza y de los pobres. El cristianismo «no admite que sólo el proletariado sea el sujeto principal de la liberación y, mucho menos, el destinatario principal de la misma. Insiste, más bien, en que también el simplemente pobre posee un potencial salvífico y en la proclamación constante de que los pobres, por serlo, son amados por Dios privilegiadamente».

## **¿Qué quiere decir Liberación integral?**

En su artículo sobre «Liberación» afirma que la liberación del pecado, de la muerte y de la ley es parte esencial de la propuesta de liberación integral. Y ésta es, en definitiva, la perspectiva cristiana.

Ellacuría habla de la integralidad de la liberación con estas palabras:

- La liberación de las necesidades básicas sin cuya satisfacción asegurada no puede hablarse de vida humana, ni menos aún de vida digna.
- En segundo lugar, liberación de los fantasmas y realidades que atemorizan y aterrorizan al hombre. Es lo que debería llamarse libertad de represión.
- Supuestas estas dos liberaciones, pero en simultaneidad con ellas, está la liberación tanto personal como colectiva de todo tipo de dependencia que quitan la libertad cuando están interiorizadas.
- Está, finalmente, la liberación de sí mismo, pero de sí mismo como realidad absolutamente absoluta, que no lo es, y que posibilita la idolatría.

Ellacuría habla de la *maternalidad* de la Iglesia, que sería el hacer fructífero el potencial de la tradición cristiana.

## ¿Qué entendía Ellacuría por Misterio de Dios?

En primer lugar, la fascinación por Jesús, sacramento del misterio de Dios. De Jesús le atrajo su misión, el anuncio y la construcción del reino de Dios para los pobres, la defensa de los débiles, marginados y víctimas, y la denuncia de los opresores. En segundo lugar, el modo de ser de Jesús, sus actitudes ante la vida y la muerte, su honradez con la verdad, su misericordia, su firmeza hasta el final, su activa disponibilidad ante Dios.

En un curso abierto de teología analizando la vida de Jesús, de pronto se le fue la racionalidad y se le desbordó el corazón y dijo:

«Es que Jesús tuvo la justicia para ir hasta el fondo y al mismo tiempo tuvo los ojos y entrañas de misericordia para comprender a los seres humanos, —Ellacuría se quedó callado y concluyó hablando de Jesús con estas palabras— **fue un gran hombre**».

Siguiendo a su admirado maestro Rahner, hablaba de Jesús como sacramento de Dios. En opinión de Sobrino, «Ellacuría quería comunicar algo semejante a lo que dice la carta de Tito: en esta historia nuestra ha aparecido en un ser humano lo sumamente bueno, la benignidad y humanidad de Dios salvador nuestro».

El misterio de Dios, que en cuanto misterio es aquello a lo que sólo se le puede dejar ser. Esto se hizo real en la vida de Ellacuría. «Hay que dejar a Dios ser Dios y es bueno para los seres humanos dejarle ser Dios».

Tres personas han influido de forma muy directa en el pensamiento y vida de Ellacuría: Zubiri, Romero y Karl Rahner.

De Romero admiró su cercanía directa, efectiva y afectiva a los pobres. La profecía y la misericordia, la utopía y la libertad de Romero, dejaron clara huella en Ellacuría. Lo más específico de Romero fue su fe en el misterio de Dios al que se dirigía con naturalidad no fingida y que asomaba en su persona. Para Ellacuría personas como Romero venían a ser como el rostro de Dios en nuestro mundo, rostro, en definitiva, más fascinans que tremens.

Afirma Jon Sobrino: «Yo creo que Ellacuría vio hecha realidad en Monseñor Romero el deseo que todos llevamos dentro: que Dios es bueno y que es bueno que haya Dios».

En la gente sencilla veía él la huella misteriosa de Dios. En los pueblos crucificados, sobre todo, veía el sacramento de la presencia de ese misterioso Dios en el mundo.

El influjo de Romero en la fe de Ellacuría se ve también en la capacidad de trascender lo histórico y lo humano. Cuando hicieron a Romero Doctor Honoris Causa de la UCA, dijo Ellacuría:

«Sobre dos pilares apoyaba (Monseñor Romero) su esperanza: un pilar histórico que era su conocimiento de pueblo al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más

graves, y un pilar transcendente que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal. Monseñor Romero nunca se cansó de repetir que los procesos políticos, por muy puros e idealistas que sean, no bastan para traer a los hombres la liberación integral. Entendía perfectamente aquel dicho de San Agustín que para ser hombre hay que ser «más» que hombre. Para él, la historia que sólo fuese humana, que sólo pretendiera ser humana, pronto dejaría serlo. Ni el hombre ni la historia se bastan a sí mismos. Por eso no dejaba de llamar a la transcendencia. En casi todas sus homilías salía este tema: la palabra de Dios, la acción de Dios rompiendo los límites de lo humano».

La misericordia hacia los pobres y la fidelidad al humilde hicieron caminar a Ignacio Ellacuría a la muerte.

Desde comienzos de los años 70 recibió Ellacuría amenazas personales de muerte y muchas veces encabezaba las listas de los que iban a ser asesinados. En 1977 no pudo regresar a El Salvador tras el asesinato de Rutilio el Grande. Estando en Madrid manifestó que no pudo dormir en toda la noche al enterarse del asesinato. Ellacuría, en este sentido, fue prudente como Jesús, quien al oír que había asesinado al Bautista, se retiró a otro lugar.

Monseñor Romero solía decir que «se mata a quien estorba», y Ellacuría estorbó por atacar la sociedad injusta, opresiva y represiva en la que vivía, y luchó toda la vida por transformarla en una sociedad justa, con vida y libertad.

Cuando toca uno los ídolos, ocurre lo que decía Romero: ¡Ay del que toca el ídolo de la riqueza. Es como un cable de alta tensión. Se quemará!

Para Ellacuría, el primero y más grave de los ídolos es la «absolutización del capital». El segundo es la seguridad nacional, fuerza armada, escuadrones...

¿El haber cargado con el pecado ha traído también la salvación histórica?

El martirio suyo y el de sus compañeros ayudó, sin duda, a poner un fin negociado a la guerra.

Si algún dogma inamovible tuviste, éste fue sólo uno: **«EL DOLOR DE LOS PUEBLOS CRUCIFICADOS»**.

Recuerda Sobrino que en 1969 le dijo Ellacuría algo que no ha olvidado nunca: que su gran maestro Rahner *llevaba con mucha elegancia sus propias dudas*, con lo cual venía a decir que tampoco para él, la fe era algo obvio, sino una victoria.

Lo fundamental que Ellacuría nos ha dejado es: «que nada hay más esencial que el ejercicio de la misericordia ante un pueblo crucificado y que nada hay más humano y humanizante que la fe».

## **FE Y JUSTICIA**

Este es otro tema central en la teología de Ellacuría. Su origen está en el carisma de la Compañía de Jesús. Tema que rescató el P. Pedro Arrupe.

Ellacuría entresaca desde la Escritura que si es claro que no hay conocimiento sin caminar por la justicia y en contra de la injusticia, también es claro que el caminar por la justicia lleva al conocimiento de Dios, a lo que genéricamente puede denominarse fe.

El acceso al amor de Dios no está primariamente en el templo sino en el hombre, en el hombre-Jesús y en el hombre de todos los días.

La unidad de fe y justicia nos la muestra debidamente la muerte del Jesús histórico.

Hay que destacar la importancia que da Ellacuría en sus escritos a las causas de la muerte de Jesús. La pasión se plantea en un doble aspecto:

- Históricamente, Jesús murió porque los poderes dominantes lo consideran peligroso.
- Dogmáticamente, Jesús murió por nuestros pecados, para la redención de nuestros pecados. Pero es evidente que el «por qué murió Jesús no puede estar separado del «por qué mataron a Jesús».

La fe nos pone en el plano de la redención y la justicia nos sitúa en el plano de la historia, pero no se pueden separar los dos aspectos.

Ellacuría, siguiendo las aportaciones de Lyonnet, señala que el Señor dio a su pueblo las diez palabras (Dt 4, 12-15; 22-24). En los primeros se precisa cuál debía ser el comportamiento del pueblo con Dios (fe) y en la segunda parte cuál debiera ser el comportamiento de los miembros del pueblo entre sí (justicia). Esa ley, dirán los profetas, será metida en el corazón (Jr 31, 21-34; Ez 36, 25-28).

En el Nuevo Testamento, Pablo dirá que «la fe opera por medio del amor» (Gal 5, 6). Y desde Santiago 2, 1-26 sabemos que la fe no es nada sin las obras. Lyonnet cita a San Agustín, que comentando el texto de Santiago: «no es la fe que cambia el corazón... Con qué fe... sino la que define el apóstol Pablo, cuando dice: la fe que obra por medio del amor».

Para Lyonnet, en el Nuevo Testamento se nos indica cuál es el camino que el mismo Dios recorre para salvar a su pueblo (AT) y que pide al hombre que también recorra. Para Pablo es el ágape, el camino que trasciende todos los demás carismas (un camino más excelente) (1 Cor 12, 31). Y concluye Lyonnet que es difícil unir más la fe y la caridad y, con ésta, la promoción de la justicia.

Para Santiago es sabio y docto el que promueve la justicia (St 3, 13) (cfr Col 1, 9-10). En el Nuevo Testamento hay una profunda relación entre el conocer religioso y el hacer.

Ellacuría añade que el compromiso por la justicia necesita de un apoyo en la espiritualidad y en la contemplación. *La contemplación en la acción de*

*la justicia*, lo llama Ellacuría. Ser contemplativos en la acción, pero no cualquier acción, sino en la justicia.

El jesuita vasco insiste en no ignorar el carácter prático e histórico de la revelación. Llama a los oprimidos el sacramento de Cristo, el cuerpo histórico de Cristo, la historia de su divinidad crucificada.

Son los oprimidos el lugar donde debe darse la contemplación, pero no tomándoles como objeto de la misma sino como realidad que se apodera de uno mismo y le obliga a compartir su marcha histórica y sus problemas personales.

Sin la fe, la lucha por la justicia no es suficiente. Decía San Ireneo, *«Jesucristo es salvador por ser Hijo de Dios, pero es salvación porque se ha hecho carne histórica»*.

Ellacuría entiende la justicia como la acción histórica concreta que debe tomarse movidos por el amor cristiano y como la forma histórica del amor cristiano en un mundo de pecado tanto estructural como personal.

En la contemplación y en la acción de la justicia señala Ellacuría cuatro características:

- La primera es aceptar que sin Dios no hay salvación. Este reconocimiento de la prioridad real y del carácter siempre mayor de Dios es prerequisite si no de acción misma, si de la acción contemplativa en la acción.
- La segunda, que se busque una permanente conversión como respuesta a la llamada de Dios. Y el compromiso por la justicia prueba la sinceridad de la conversión. No hay conversión a Dios si no hay conversión al oprimido.
- La tercera, supone una efectiva intervención en el curso de la historia, y es una historia que uno va haciendo en su lucha por la justicia. La

historia de los grandes contemplativos muestra cómo es bien factible su intervención real en el curso de la vida de los hombres.

- La cuarta supone una auténtica contemplación. Para que la contemplación sea auténtica se necesita todo lo que San Ignacio pone en los Ejercicios espirituales, antes de proponer su contemplación para alcanzar amor. No hay contemplación cristiana sin las tres primeras semanas, sin dejar el pecado, el mundo, las propias pasiones e intereses.